

IGUAZEL SERON

YO SOY ELLA SPiCE

FANDOM BOOKS

YO SOY
ELLA
SPiCE



1.ª edición: junio de 2025

© Del texto: Iguazel Serón, 2025

Autora representada por IMC Agencia Literaria.

© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S. A.), 2025

C/ Valentín Beato, 21, 28037 Madrid

www.fandombooks.es

Director editorial: Pablo Cruz

Editora: Marta Álvarez

Asistente editorial: Mercedes González Grande

Diseño de cubierta: Lola Rodríguez

Ilustración de cubierta y detalles interiores: Alicia Sánchez

Detalles página 7: Istockphoto/Getty Images/Merovingian

ISBN: 978-84-19831-37-8

Depósito legal: M-8118-2025

Impreso en España - *Printed in Spain*



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

IGUAZEL SERÓN

YO SOY
ELLA
SPiCE

An illustration of three characters. On the left, a man wearing a cap, a jacket, and a scarf stands with his hands in his pockets. In the center, a small, round, light-colored character with a large head and small body stands. On the right, a woman with long dark hair, wearing a cape and a patterned dress, stands next to the small character. The text 'YO SOY' is in a large, grey, sans-serif font. 'ELLA' is in a large, black, serif font. 'SPiCE' is in a large, black, serif font, with a flame icon replacing the dot of the 'i'.

FANDOM BOOKS

Para Alba Moris.

Para todas mis amigas.

Entre el cielo y el infierno, hay secretos que podrían destruirlo todo...



YoungPluton 🔥 Alba sigue atrapada entre dos mundos... y entre dos chicos que lo han cambiado todo 💖💫 Lo que comenzó como un triángulo amoroso, ahora amenaza con transformarse en algo mucho más complicado cuando la tensión entre Belce y Uriel empieza a arder con más fuerza que nunca 😊😈

La guerra es inminente y el destino de las criaturas sobrenaturales y humanas pende de un hilo. ¿Podría la relación entre un demonio y un ángel ser algo más que enemistad? ¿Y qué pasará cuando el corazón de Alba quede partido en dos en medio de un conflicto que podría destruirlos a todos? 🤔

La batalla no solo es entre cielo e infierno, sino dentro de ellos mismos ✨💖

💫 ¿Cuál de los dos será el elegido? 🌙

¿Estáis preparados para leer #EntreLosDos, el desenlace de la trilogía de romance sobrenatural más exitosa de @EllaSpice? 🗨️🗨️🗨️

#CuálDeLosDos #UnoDeLosDos #FantasíaJuvenil

#ÁngelesYDemonios #AmorImposible #DarkAcademy

#Romance #RománticoYSobrenatural #LiteraturaJuvenil

#YoungPlutón #EllaSpice

CAPÍTULO 1



GABRIEL

Gabriel se levanta esa mañana con las mismas ganas de trabajar que de pillar el sarampión. No hay nada que odie más que ponerse enfermo, especialmente en verano, pero con el cansancio que lleva encima, igual hasta lo agradecería. Y es que todos sus compañeros de clase andan subiendo *stories* disfrutando de sus vacaciones de verano: que si la playa, que si la excursión a no sé dónde, que si vuelos a Japón como quien dice que se va a la sierra.

Todos menos él.

El primer motivo es que su madre lleva todo el verano haciendo horas extra para poder pagarle la matrícula del nuevo curso en la uni. Sabe que ella hace un esfuerzo titánico para que pueda cumplir sus sueños, así que lo mínimo es echarle una mano. El segundo motivo es que Gabriel cree que tener contactos es fundamental. Así que, en lugar de pillar horas en algún supermercado, él decidió solicitar unas prácticas de *community manager* en una editorial a partir de junio.

Cuando sus amigos le dijeron que algo así no ayudaría demasiado en su futuro como comunicador audiovisual, creyó

(como cree muchas veces) que ellos no estaban teniendo mucha visión de futuro. Él no es como los demás. Gabriel ve el futuro. O mejor dicho, planea su futuro tan bien que es como si tuviera superpoderes. Y está seguro de que el esfuerzo valdrá la pena y le permitirá ayudar a su madre, pero también entrar en el mundo laboral antes que otros.

Lo que pasa es que, ahora que en lugar de ir a la playa y darle manotazos a un balón hinchable tiene que pasarse la semana entera pensando cómo caerle bien a la gente en redes, está empezando a pensar que igual se ha equivocado. Aparte de visionario, Gabriel siempre intenta ser positivo, porque ser otra cosa lo volvería completamente tarumba, pero es que su trabajo empieza a ser un asco. Y su piso en Madrid es horrible. Y lo peor de todo es que no puede quejarse, porque entre lo que su madre le da y el patético sueldecillo que le ingresa la editorial, puede permitirse un apartamento bien situado, con ventanas, y que no fue construido durante el reinado de Carlos II el Hechizado. Eso sí, lo comparte con tres personas más. Una pareja que parece tener la intención de repoblar el planeta Tierra dentro de su dormitorio (porque los oye quererse con frecuencia) y no interactuar con el resto de la humanidad (porque jamás salen de esa habitación) y con Leo, que es todo lo contrario a él, pero un buen amigo. Ese verano ha decidido quedarse en Madrid en lugar de volver a Toledo con sus padres, y su compañía se agradece. Es el tipo de tío que cuando se levanta y no queda nada para desayunar lo ve como una oportunidad para salir antes de casa y coger un batido detox para llevar antes de pasarse por su facultad de Derecho.

—¿Ya te has levantado? —le pregunta Leo cuando se cruzan por el pasillo. Dicho así, parece que el apartamento es Versalles, pero ni mucho menos. De hecho, tiene que pegarse a la pared para dejarlo pasar—. Te lleva sonando el puñetero teléfono como media hora.

—¿Y por qué no lo has cogido?

—Porque la última vez que lo hice te enfadaste. ¿Quién es María paréntesis Plutón cierro paréntesis? ¿Algo que deba saber?

—¿María? —A Gabriel se le para el corazón un momento—. ¡No puede ser!

Corre hasta el salón (es una carrera de dos segundos) y se lanza para desbloquear el móvil que dejó allí cargando la noche anterior. Cuando leyó esa noticia de que un móvil le había explotado a alguien cerca de la cara, los pensamientos intrusivos le impedían dormir, así que decidió que, si algo tenía que explotar, prefería que fuese el salón antes que la cabeza.

Leo tiene razón: María, la editora jefa de Young Plutón, el sello de literatura juvenil de Plutón Ediciones, lo ha llamado cinco veces, y eso no pasa nunca.

«Joder».

Pulsa el botón de devolver la llamada y espera.

María tarda dos tonos en responder.

—¡Gabriel! Por fin te pillo...

—Sí, disculpa, pero tenía el móvil cargando y como estaba trabajando en el despacho...

Ella no tiene que saber que en realidad ha estado durmiendo con un ventilador cutre, que chirriaba con cada giro que daba a un centímetro de su nariz, porque no tiene aire acondicionado. O que todavía no ha empezado la jornada. O que su «despacho» es el escritorio de Ikea que Leo y él montaron a duras penas a principios del curso pasado. Está a un paso de su cama, y ahora solo hay apuntes de Lengua Española sobre él (se ve que no escapas de eso ni en la universidad). Pero, aunque sea un *community manager* bastante mediocre, sabe qué tiene que callarse.

—No te preocupes —responde ella. Gabriel nota que su tono es serio, y eso solo puede significar que lo que quiere decirle es *importante*—. Perdona por pedirte esto, pero ¿podrías pasarte por la oficina? Tenemos que hablar contigo de algo importante.

Importante.

Por lo que él tenía entendido, María había empezado siendo una editora normal y corriente en el sello juvenil, pero cuando consiguió sacar el proyecto de Ella Spice adelante, ascendió rápidamente y se ganó una reputación excelente en el mundo editorial. Hasta su

madre sabe que Ella Spice, la tía o tío que más vende en todo el país, es una persona *importante*. Y María, como su creadora, también, y por eso ahora solo se encarga de las cosas *importantes*. Y da la casualidad de que hace algo así como diez meses (en realidad diez meses, dos días y cuatro horas), Gabriel mandó a la editorial un proyecto que tenía entre manos y lleva esperando la respuesta desde entonces. Se titula *Las aventuras de Leonir: la búsqueda de Riorthern*. Es la primera parte de una saga inspirada en las partidas de rol que hace con sus colegas los sábados por la noche. Ellos fliparon cuando les contó de qué iba la cosa, y por eso no entiende cómo es posible que todavía no haya ninguna editorial interesada.

Pero está claro que eso ha cambiado.

Porque María tiene algo *importante* que contarle.

Algo lo suficientemente *importante* como para que tenga que ir a la oficina y que sea ella la que le vaya a dar la noticia en persona, y no una editora cualquiera.

—¿Por la oficina? ¡Claro! —lo dice desenchufando el móvil y yendo en dirección al baño—. ¡No tardo nada!

Cuelga y deja el móvil en el lavabo, esquivando un montón de ropa sucia que hay en el suelo y que le provoca una mueca. Sabe que Leo le pregunta algo, pero no lo oye porque ya está siguiendo su rutina de cada vez que tiene que salir a hacer algo: ducharse, frotarse bien los sobacos, ponerse las lentillas y pensar en la ropa. En este caso, le da unas cuantas vueltas, porque ¿qué se supone que tienes que llevar el día que te dicen que vas a ser un autor superventas?

Al final, se decide por unos pantalones de traje y una sudadera, porque a pesar de que no tiene ni puñetera idea de moda, en su cabeza tiene sentido que, si combinas algo formal con algo informal, eso significa que estás dando una impresión intermedia y comedida.

Antes de salir del apartamento se echa un poco de cacao en los labios y cierra la puerta con un:

—¡Cuando vuelva seré una estrella!

Que es respondido con un:

—Nunca dejes de soñar.

A Gabriel el metro le da un poco de asco. O sea, no literalmente, aunque a veces también, porque alguna rata que otra se pasea por allí como si tuviera el abono transporte, pero es que tiene poquísima orientación y no sabe llegar a ningún lado aunque haya hecho la misma ruta doscientas veces. Que sí, que no hay *tantas* líneas y Madrid no es Nueva York, pero que se lo digan al Gabriel de hace un par de meses que acabó en Vicálvaro y sin la tarjeta cargada.

Ese día no tiene ni que mirar la dirección a la oficina, y se lo toma como una señal de que todo va a ir bien. Hay un asiento libre, y se lo toma como una señal de que todo va a ir superbién.

Desde que empezó todo eso de ser *community manager*, le tiene algo de alergia a las redes sociales. Aun así, pasa el dedo por la pantalla y empieza a cotillear. Lo primero que ve es un montón de gente hablando de Ella Spice, aunque eso no es novedad, porque todo el mundo habla de sus novelas a todas horas. Además, como él lleva las redes de Young Plutón, el algoritmo piensa que le interesa todo lo relacionado con la literatura juvenil. ¡Error! Y encima, hace poco que publicaron *Uno de los dos*, la segunda parte de *Cuál de los dos*, una nueva trilogía con un triángulo amoroso de lo más llamativo, y es lógico que sea tema de conversación. Pero... hay algo raro.

Delante de él, dos chicas hablan muy cerca la una de la otra y dicen:

—¿Tú crees que es verdad? O sea, tiene sentido, claro, pero... ¡No sé, tía!

—Es un bulo fijo.

—Yo creo que es cierto, es que mira, esto no está hecho con inteligencia artificial, ¿no?

—Pues no sé, la foto esa del Papa con abrigo yo me la comí con patatas.

Ya no puede aguantar la curiosidad y busca en las tendencias.

Lara #TeamUriel 🙄🙄 @LaraLeemuch0

*Ayer estábamos cerca del edificio de Plutón Ediciones
(no preguntéis 🧠🧠) y no os lo vais a creer, pero RESULTA
QUE ELLA SPICE SALIÓ POR LA PUERTA DE ATRÁS.
Mirad!!!*

La persona ha subido unas fotos de alguien con una capucha que le cubre el rostro parcialmente y que va rodeada de varios tíos de seguridad de Plutón Ediciones. Gabriel reconoce a algunos de ellos porque siempre están paseándose por ahí con la cabeza bien alta. En cuanto a la persona de la capucha, podría ser Ella Spice o su tía abuela Concha.

Javikun 🇵🇷 @javikun45

*los de seguridad se pusieron super agresivos con nosotros,
así que SEGURO que era ella spice. si os fijáis en esta foto se
puede ver la pantalla de su móvil, alguien ve lo que pone????
tiene de fondo un fanart de Belce con Alba o estoy loco???*

Belce y Alba son los protagonistas de *Cuál de los dos*. Él es un demonio buenorro, ella, una humana que no tiene muchos dedos de frente. Gabriel se ha cansado de publicar cosas sobre ambos en TikTok e Instagram. Sabe más de esos personajes de lo que le gustaría, igual que de Uriel, el ángel guaperas que completa el triángulo amoroso. No entiende cómo un concepto tan usado ha vuelto loca a tanta gente.

Decide salir del *hashtag* porque su parada está cerca y porque ha empezado a ver conspiraciones sobre quién podría ser la persona de la foto basándose en el puente de su nariz, y eso ya roza la línea de lo patético.

Se baja en la estación correcta y casi recibe el calorazo de Madrid en agosto con gusto. El metro es infernal y siempre le suda hasta el huequillo detrás de las orejas. Además, la sudadera no ha sido una buena elección, pero presentarse en camiseta no era una opción viable.

Cuando llega al edificio, la tía de seguridad de la puerta se le queda mirando fijamente:

—Espera, espera, ¿qué haces tú aquí?

—Trabajo aquí —responde, rebuscando en su riñonera la tarjeta de empleado. No sabe ni por qué la tiene, porque no hace jornada completa y lo de las redes nadie se lo toma nunca en serio—. Se lo juro.

—Ya, pues enséñame tu identificación. Con todo lo que está pasando, no quiero más disgustos.

Tarda un minuto en encontrarla, y cuando se la enseña casi se la mete entre los ojos a la mujer.

—Está bien —dice ella—. Pero para la próxima, llévala a la vista y no me hagas perder el tiempo. Y actualiza esa foto, por Dios.

«La próxima vez no necesitaré identificación», piensa ya en el ascensor. Es lo que tiene ser un escritor famoso: todo el mundo te reconoce, todo el mundo te sonríe y te abre puertas. Todo el mundo te lee.

La que sí que lo reconoce es Luisa, la chica que recoge paquetes y que dormita sobre su mesa, situada nada más salir del ascensor. Lleva la piel bronceadísima, así que seguro que también se ha ido ya de vacaciones.

—¡Gabriel! ¿Qué haces hoy por aquí?

—Me ha dicho María, de Young Plutón, que tenía algo importante que decirme. —Intenta que ese «importante» no suene gigante en su boca, pero no tiene mucho éxito. Es como si llevara los mofletes llenos de comida.

—Ostras... Me puedo imaginar de qué va el asunto. No han parado de hablar de eso en toda la mañana.

—¿En serio?

—Hombre, cómo para no.

—Será mejor que me dé prisa. —Sonríe, despidiéndose con un gesto, y después recorre el pasillo hacia el despacho de María.

Solo ha estado una vez allí, pero no tiene pérdida. Vamos, como que es el único despacho de la planta que es más grande

que su apartamento y que tiene una mesa larga y un ordenador de última generación. Lo que sí que le sorprende es ver cinco espaldas sentadas en unas sillas alrededor de esa mesa y ese ordenador. María está de pie y, sinceramente, no tiene cara de estar disfrutando del momento.

Esa cara se gira hacia él. Ella sonríe un poco y le hace un gesto con la mano para que entre.

—¡Gabriel! Menos mal que has venido...

Ha hablado con María un total de cinco veces desde que lo contrataron para llevar las redes de Young Plutón. Pero no se conocen de nada. Y por la forma en que dice su nombre, «¡Gabriel!», es como si hubieran celebrado varias Nocheviejas juntos.

—No sabes la mañanita que llevamos... —comenta.

Gabriel asiente como si supiera de qué habla y echa un vistazo a su alrededor. No hay ninguna silla libre, así que se queda de pie y siendo más consciente que nunca de sus manos y sus dedos. Y sus pies. ¿Por qué tiene tantas partes del cuerpo de repente?

—Os avisé —gruñe un tío con bigote. Sabe que es un comercial. Uno de los importantes, de esos que llevan Madrid—. Me da igual que quisiera firmar libros. Fue su decisión desde el principio no dar la cara, pues ahora que se joda. Sus seguidoras están locas y las tenemos día sí y día también rondando por aquí. Sabíais que algún día pasaría esto. Ni puto sentido.

Ah. Gabriel por fin entiende que están hablando de lo de Ella Spice. A lo mejor se ha adelantado a la parte de la reunión que tiene que ver con él.

—Sigo sin entenderlo, siempre tenemos mucho cuidado —dice alguien que Gabriel no tiene ni idea de quién es—. Es como si se hubiera filtrado que Ella iba a venir.

—¿Qué ha pasado exactamente? —pregunta para hacerse el educado.

—Un desastre —responde María—. Algunos fans de Ella son muy efusivos. —Es gracioso que intente suavizar lo que acaba de decir el comercial—. Y bueno... digamos que fuimos

más descuidados de lo que deberíamos y alguien le sacó unas fotos...

—Ah, las he visto por redes.

—No, no. —Otro de los presentes sacude la cabeza—. Las que hay en redes no son nada comparadas con las que nos han llegado esta mañana a la editorial. Quieren que paguemos para que no las publiquen, porque se le ve la cara con más detalle que en una foto de comunión.

—Que le jodan al chantajista —dice el comercial de antes—. Decimos quién es y a tomar por culo. Y si la chavala no quiere, entonces nos quedamos con su marca y puerta.

—Nadie me ha preparado para este chantaje —admite María, ignorando al hombre—, pero ya tengo la solución, y por eso Gabriel está aquí.

Ah.

Es la tercera vez que se le pasa esa palabra por la cabeza en menos de un minuto.

Y es que no tiene ni idea de por dónde van a ir los tiros, pero está empezando a captar que *Las aventuras de Leonir: la búsqueda de Riorthern* no van a ver la luz del sol como él esperaba.

—¿Yo? —Y la voz le sale como un gallo horroroso que hace que hasta se apiade de sí mismo.

—Sí. Escucha Gabriel. —María se sienta detrás de la mesa y de repente, Gabriel se pregunta si lo van a despedir y si él tiene la culpa indirecta de esas malditas fotos—. Ella Spice es lo mejor que nos ha pasado en los últimos diez años, y solo llevamos publicándola dos. ¿Entiendes? Da mucho dinero. Escriba lo que escriba. Y da mucho dinero porque su imagen es llamativa, porque la gente especula sobre quién se esconde detrás de las novelas. Ella nos hace llegar a fin de mes.

Gabriel está seguro de que eso último es una exageración, pero que María esté montándose una película es lo que menos le importa ahora mismo.

—Ella nos ha mandado un mensaje esta mañana —murmura una chica. Se llama Lydia. Gabriel y ella se conocen; es la editora

actual de Ella Spice, y de vez en cuando le manda cosas para poner en las redes—. Está un poco asustada con todo esto. Empezó en Internet y lo que le gusta de escribir es que nadie sepa que las historias son suyas y... Bueno, creo que no quiere que sus abuelos descubran que escribe ese tipo de novelas, no sé si me entiendes.

—¿No enseña su cara porque no quiere que su abuela sepa que escribe porno?

—Dicho así...

—Como editorial tenemos que respetar su privacidad tanto como podamos, Gabriel —explica María—. Nosotros no podemos abandonar a Ella, y me imagino que tú tampoco, ¿verdad?

—Pues...

Está a punto de decirle que a él se la suda completamente.

—Claro que no —lo corta ella—. Ninguno abandonará a Ella, y por eso quiero proponerte una idea que he tenido con el equipo de *marketing* y que creo que va a solucionarlo todo.

La imagen de María diciendo «¡Vas a ser superventas!» cambia en su cabeza. De golpe, la escena tiene mucha menos luz, hay tormenta más allá de la ventana y alguno de los presentes tiene un halo de llamas alrededor, como el puñetero demonio de la novela de Ella Spice.

—Hemos pensado que vamos a hacer pública la identidad de Ella Spice —desvela por fin.

Solo tiene una pregunta: «¿Y yo qué pinto aquí entonces?».

La respuesta llega bien rápido.

—Queremos que tú seas Ella Spice, Gabriel —suelta María—. Imagina el follón que vamos a montar cuando se descubra que las novelas más populares entre el público femenino las ha escrito un chavalillo. ¿No crees que es genial?

Gabriel está de acuerdo en que van a montar un follón impresionante. ¿Qué clase de tío impresentable publica novelas bajo un pseudónimo femenino?

—Tú —dice un comercial, como si le hubiera leído la mente—. Eres perfecto. Gabriel... Gabrielle... Ella. ¿No crees que es genial?

Otra vez esa pregunta.

Ve esas sonrisas de dientes blancos, como si fueran un banco de tiburones, y se imagina que todos le están preguntando lo mismo, como un coro de depredadores: «¿No crees que es genial, Gabriel?».

No. Es horrible.

No puede aceptar.

—Te pagaríamos todo el tiempo invertido, claro —apunta alguien.

Eso ayudaría mucho a su madre.

Da igual, seguro que lo pagan tan mal como lo de llevar las redes.

No tiene ningún sentido.

Él quiere publicar *sus* novelas, no fingir que ha escrito las de otra persona, por muy famosa que sea.

Pero entonces, Lydia se acoda sobre la mesa y le dedica la sonrisa más perversa de todas:

—Todavía tengo tu novela en mi correo, Gabriel. Imagina lo fácil que va a ser convencer a los que estamos aquí si la gente conoce tu nombre. ¿No crees que sería genial?

Mierda.

Eso sí que sería genial.

Capítulo 2



DANIELA

Daniela lleva dos días sin salir de la cama, con el cargador ardiendo en el enchufe, amenazando con fundir la pared y traspasar a la habitación del vecino, y empieza a tener agujetas en el dedo de tanto bajar y bajar por la pantalla. Sus mejores amigas, Nuria y Hana, la han llamado, pero les ha dicho que tiene gripe. No sabe si eso es algo que puedes pillar en plena ola de calor, pero le da igual. No tiene energía para nada más. El único lapso de tiempo (cinco minutos esa misma mañana) en el que se ha distraído ha sido al ver un *fanart* que alguien ha hecho de Uriel con un perrete y ha sonreído.

Y ya está.

Eso es todo.

Ha pasado por todas las fases típicas de una situación como esa: negación, drama, más drama, lloros contra la almohada, aceptación y vacío existencial. Se ha planteado todo: salir en Instagram a decir que Ella Spice es ella, escapar de España e irse a vivir al primer país que se le pase por la cabeza y... bueno, ha pensado hasta en renunciar a Ella Spice y olvidarse de todo ese embrollo.

Pero a la hora de la comida ha recibido una llamada de María, la que fue su editora desde el primer momento y que la ha acompañado en todo este viaje. No sabe si María ha pasado por las mismas fases que ella, pero después de esos dos días de horror, parece que ha sucumbido a la presión y se le ha ido la olla por completo.

—Daniela, escúchame —le ha dicho, con ese tono de voz que tiene la gente que quiere vender aspiradoras. Aunque lo que le quería vender era, sin duda, peor que un masajeador de pies de la teletienda—. Tengo la solución para todo este embrollo, esta mañana lo hemos visto clarísimo.

Y le ha contado el disparate.

—Pero María, ¿quién se va a creer que un tío ha escrito mis novelas? —Es tan absurdo que casi le ha entrado la risa—. ¿Y por qué demonios iba yo a aceptar que un hombre sea Ella Spice? Si queréis que hagamos algo así, puedo pedirle a mi hermana que sea ella. Conoce las novelas, tenemos confianza y...

—Entiendo tu propuesta, de verdad que sí —al otro lado del teléfono, María respira muy fuerte—, y no me hace gracia decirte esto, pero, aunque a veces se nos olvida porque somos como una familia, Plutón Ediciones es una empresa, Daniela. Permitir que tu hermana hiciera algo así supondría muchos problemas e inseguridades legales para nosotros, ¿entiendes?

—Pero si ella firma un contrato...

—¿Quién sabe de este tema, Daniela?

—Vosotros, pero...

—Cariño, tú sabes que aceptamos lo de ser anónima porque no sabíamos cómo iba a funcionar tu proyecto, pero desde que va tan bien... ¿Sabes la presión que me hacen desde *marketing*? No hacemos firmas, no hacemos eventos, no tenemos beneficios de eso y...

—Lo sé, lo siento y lo aprecio porque...

—Desde que debutaste has sido nuestro ojito derecho, pero también nuestra fuente de polémicas —le ha contestado—. ¿Recuerdas cuando escribiste aquella escena con la cuchara y Lydia quería quitarla? ¿Te acuerdas de lo que peleé por ti?

En realidad, peleó ella misma, y tampoco había sido una polémica. A sus lectores les había encantado lo de la cuchara. Un par de madres escandalizadas en redes sociales no eran «fuente de polémicas» ni mucho menos. Pero que un tío salga a decir que se ha inventado sus historias es otra cosa.

—No estoy segura, María.

—¿Y por qué no? Gabriel es un chico encantador, te lo juro. Lo conozco muy bien y ya sabes que puedes fiarte de mí, ¿no? ¿Quién confió en ti en su momento?

Daniela no recuerda la primera vez que leyó un *fanfiction*, pero sí que tiene grabado a fuego el momento en el que a los quince años hizo «clic» en publicar y lanzó al mundo su primera historia. Bueno, eso de «al mundo» tiene sus matices, porque aquella publicación de menos de tres mil palabras, en la que Rey y Kylo de *Star Wars* se daban cuenta de que estaban enamorados el uno del otro, solo tuvo un miserable comentario: «¡Si me comentas devuelvo *like!*!». @C3POLover2352 sería la primera crítica de su obra, y como tal, debía guardarla en lo más profundo de su corazón. Luego llegaron muchos más. Y nadie se hace a la idea de lo que puede doler la exposición en redes y las críticas que llegan desde una cuenta anónima. Cosas como: «Vaya puta mierda, hija» o «No has entendido PARA NADA la relación de Viktor y Jayce #SonComoHermanos» son difíciles de olvidar. Es un asco, pero si te gusta escribir, te aguantas y sigues haciéndolo. Si eres fuerte, lo haces de cara, y si eres como Daniela, te creas un perfil falso a los dieciséis años, te inventas una personalidad nueva y la llamas Ella Spice, que suena inglés y guay. Después, empiezas a escribir historias románticas originales. En aquel momento acababa de terminar de leer *Un jardín de rosas, niebla y llamas* y la idea de que ella, no, de que Ella Spice podía hacer algo como eso se le había pasado tantas veces por la cabeza que ya se veía en la sala de cine viendo una adaptación de su primera novela. Y resulta que funcionó. Se convirtió en la cuenta más leída de toda la plataforma, y los comentarios se volvieron mucho más amables y divertidos.

POR FAVOR NO PUEDEO MÁSSSSs
ESTOES MUY HOT!!! 🍷🍷🍷🍷

pero cómo se te ocurren esas cosassss ahhhhh????
tengo el ***** dando palmas!!!

Cuantas más erratas escribían sus lectores, mejor se sentía, porque eso era un indicador de que vivían la historia tanto como ella. Ella Spice era la mejor escritora del mundo. Por fin podía escribir lo que le apetecía, tenía una comunidad de fans increíble y era feliz. Y a pesar de que no disfrutaba de una vida social alucinante (y su madre siempre se lo recordaba), sentía que estaba haciendo algo por el mundo: llenarlo de escenas eróticas sanas y divertidas. ¿Qué más podía pedir?

Pues dos años y tres días después de que Ella Spice creara su cuenta y publicara *Dulce tentación*, recibió un correo:

Querida Ella Spice:

¿Qué tal? Me llamo María, y soy editora en Plutón Ediciones. Hemos estado mirando tu perfil y nos ha llamado mucho la atención tu trabajo. ¡Nos parece superinteresante! Lo cierto es que ahora estamos buscando publicar una línea un poco subida de tono (spicy! 🍷) para uno de nuestros sellos juveniles y estamos seguros de que tú eres perfecta para el encargo.

Si estás interesada puedes responderme por aquí y te daremos más detalles al respecto.

Muchas gracias por leerme y un saludo.

María Carillo
Editora en Young Plutón

Y Daniela podría haber ignorado el e-mail por tener pinta de *spam*, pero en lugar de eso, le dio a responder, y aquello le cambió la vida para siempre.

Como bien dice María, habían confiado en ella.

Pero Daniela no está tan segura de confiar en ellos.

—¿Quién es ese tal Gabriel?

—Es un chico que trabaja con nosotros. Lleva las redes del sello de Young Plutón, así que sabe muy bien de qué va todo... Y es joven, como tú más o menos. Está en la universidad y eso.

—¿Un *community manager*?

—¿Por qué ese tono de desprecio?

—No, o sea, me da igual a lo que se dedique, pero pensaba que como mínimo sería escritor.

—¡Y lo es! —María habla siempre tan cerca del móvil que Daniela oye cada vez que traga saliva, como si la tuviera a escasos centímetros—. ¡Escribe los *posts*! ¡Los *copys*! Los *copys*... Me pongo al día poco a poco, ¿eh? Y bueno, no te voy a mentir, Daniela... Es que es guapo. Estuvimos dándole vueltas y todo el equipo está de acuerdo en que a tus chicas les encantará que Ella Spice tenga una imagen tan... atractiva. Que sea en realidad la personificación de Umbriel.

—Uriel.

—¡De Uriel!

—Sigo sin tenerlo claro.

—Daniela, esto está pasando porque tuvimos un descuido, pero también porque tú sigues sin dar tu brazo a torcer...

Otra vez.

Daniela ya sabe que su cabezonería de querer mantener su anonimato es un privilegio dentro del mundo editorial, y que hay muchas personas trabajando para que eso funcione. María le ha advertido muchas veces de que llegados al punto en el que se encuentran, decir quién es podría suponer un enorme empujón hacia arriba. Daniela está segura de que hay docenas de estudios de *marketing* que le dan la razón, pero eso no quita que ella siga sintiéndose incómoda con la idea de hacer pública su identidad.

—Lo sé, María. Pero... ¿Y si esto sale mal? ¿Y si ese chico no puede mantener la imagen de Ella Spice? ¿Y si no cae bien...?

—Pues ya me dirás, porque no hay nadie más, Daniela. La otra opción es la que los jefazos han propuesto, que mañana hagamos un directo en redes contigo y des la cara...

—¡No!

—Escucha, cariño. —En ese momento ha podido sentir los labios de María contra su oreja. Sus palabras viajando desde su oído hasta su cerebro—. Tú y yo somos amigas, ¿verdad? Y sé que esto es... Bueno, puede parecer una locura, pero es mi manera de mantenerte a salvo y que puedas seguir siendo tú. No te lo había dicho nunca, pero por aquí hay gente que tiene cada vez más interés en quitarte la máscara, ¿sabes? Y como te niegas, están proponiendo cosas muy feas. Y yo te sigo protegiendo de todo eso. Sabes que me enfrenté a personas importantes que propusieron que le encargásemos a otra persona las novelas de Ella Spice cuando se quejaron de que eres muy lenta.

No era la primera vez que le decían que era lenta y Daniela sigue sin entenderlo. Escribe casi a diario, nunca se va a dormir sin pensar en una escena que tiene pendiente o un nuevo proyecto. A veces cree que, como cuando empezó ya tenía varias historias escritas que salieron muy rápido al mercado, en Young Plutón piensan que es capaz de cagar libros. Esa es la expresión que su hermana utiliza siempre: «cagar libros». Y a día de hoy, Daniela no caga libros, pero no quiere que otros hagan su trabajo. Es la última línea que no quiere cruzar, así que ha respondido una vez más:

—Ya te dije que eso no puede ser.

—Lo sé, y por eso siempre lucho por mantener tu esencia, a pesar de lo difícil que es. Así que lo hablaré con el equipo legal y los que saben más que nosotras. Pero Daniela, creo que deberías pensar en Gabriel como tu salvavidas, tu coraza.

—¿A qué te refieres?

—Si él funciona, tu problema estará solucionado —le ha explicado—. Desde arriba nos han planteado trabajar con él hasta que salga *Entre los dos*, la última parte de *Cuál de los dos*, y si a los dos meses las ventas van como siempre, entonces seguimos así, y

si todo se vuelve un completo desastre... entonces... Bueno, habrá que ver qué hacemos. Daniela, eres muy cabezota, y ya que te niegas a decir que eres tú, esfuérzate para que esto funcione.

Ha visto muchas fisuras en ese plan. Como, por ejemplo, ¿por qué la gente va a creer que ese chico es Ella Spice y no lo que vean en las fotos que ya hay en Internet o con las que los han amenazado? Van a tener que trabajar mucho para que su plan sea creíble y la filtración parezca una tontería. El problema es que, si lo rechaza, lo único que le queda es decir esa misma semana que Ella Spice es ella; como tarde, la siguiente. Con el plan de María solo tiene que convertir al tal Gabriel en la versión de ella misma que le gustaría que conocieran los demás. Aborrece que sea un chico, y tampoco sabe si quiere pasar por todo ese numerito. ¿En serio no hay otra autora, ninguna mujer que quiera ocupar su lugar?

—¿Y crees que la persona que tiene las fotos se rendirá tan fácilmente?

—Con una Ella Spice de carne y hueso y... un poco de ayuda económica, creo que estaremos bien.

«Ayuda económica». Así se llama ahora a ceder ante un chantaje.

—¿Puedo pensarlo un poco?

—Tengo la reunión definitiva mañana —le ha dicho María—. Así que te doy la noche para darte cuenta de que esto puede... No, de que esto tiene que funcionar.

Y ha colgado.

Ahora está dentro de la cama, volviendo a pensar en ese tal Gabriel y en si tiene sentido meterse en ese follón o no. Si se lo preguntase a sus padres le dirían que se rinda, que acepte que es algo bueno, que disfrute de la suerte que le ha tocado. A sus amigas no puede decirles nada, porque no tienen ni idea de esa doble identidad rollo Marinette y Ladybug. Pero sin superpoderes. Solo un montón de ansiedad cada vez que piensa en enfrentarse al escrutinio de los lectores.

Su dilema se ve interrumpido por unos toquecitos en la puerta y la madera que chirría al abrirse.

—Buf, Dani. Aquí huele a humanidad.

—Me da igual...

—Huele a sobaco y a pies y a sardina, que lo sepas.

—Qué asco...

—Asco el que das tú.

Las cortinas se abren de golpe, pero no es cosa de magia, es su hermana Sara, que se tapa la nariz con los dedos como si fueran pinzas y también abre la ventana. Se ha recogido el pelo rizado en un moño alto, tirante, y aun así está guapa.

—Pero ¿qué haces? —protesta Daniela.

—¡Ventilar! —Sus ojos claros, que siempre la hacen ser objeto de miradas, le devuelven un gesto de exasperación—. Una cosa es estar triste y otra muy diferente es no tener higiene personal.

—¿Te importa no ser tan cretina durante un día?

—Ya han pasado dos, Dani. —Se acerca a ella y tira de las sábanas—. Hace un calor asqueroso y si te quedas en la cama vas a seguir sudando y las cosas no se van a arreglar. He mirado las redes y siguen hablando de ti, así que tu estrategia de meter la cabeza debajo de la almohada no está funcionando muy bien.

—¡No me digas!

Sara la mira con esa cara que pone siempre de «es posible que tenga la hermana más idiota del mundo», que suele ir seguida de esa otra de «pero voy a intentar resolver tus problemas».

—A lo mejor no está tan mal que la gente sepa que eres tú —dice. Suena como si no se lo hubiera dicho ya cincuenta veces antes—. O sea, no conozco a nadie que no adore tus libros... Bueno, sí, esa chica que trabajaba conmigo en la tienda y que decía que tus personajes son todos iguales, pero es tontísima, así que no cuenta.

—No quiero que nadie sepa que soy Ella Spice, Sara.

Está harta de explicarle los motivos. Su hermana está estudiando Filología Inglesa y de vez en cuando puede trabajar en

alguna tienda de ropa para sacarse algo de dinero. Por supuesto que piensa que le ha tocado la lotería con todo eso de los libros. Y Daniela es consciente. Sabe que vivir de la escritura es un sueño, un privilegio. Por eso no se queja nunca. *Sabor a tentación*, la primera novela que lanzó con Young Plutón, vendió más de cuarenta mil ejemplares. *Cuál de los dos* consiguió algo más del doble. Y aunque Daniela no tiene tanto dinero como alguien podría pensar con esos números, sí que ha podido irse a vivir a Madrid, lejos del pueblo de sus padres. A lo mejor no lo habría hecho si Sara no hubiera querido vivir con ella, pero el caso es que es independiente y sus amigas no pueden decir lo mismo.

Sin embargo, aunque su vida sea un poco más sencilla, tiene derecho a querer mantener su intimidad, ¿no? Por eso sigue estudiando en la universidad, por eso hace sus exámenes de Magisterio.

—Crees que la gente te va a juzgar si dices que eres tú.

—Sí, ya sabes que sí.

—Pero eso no es cierto. —Sara la agarra del brazo e intenta levantarla de la cama. Funciona, porque Daniela arrastra los pies por el suelo, como una zombi—. La gente ya te adora sin saber quién eres. ¿Qué diferencia hay entre Ella Spice y tú?

—¿Estás de broma? La pregunta es qué hay de Ella Spice en mí. Y además, Ella no existe y nadie le puede decir que es *demasiado algo o no lo suficiente de otra cosa*.

—Para ser escritora, a veces no entiendo lo que dices...

—No quiero hablar del tema. —Daniela sale al pasillo y se encamina a la cocina—. Además, ya lo han solucionado desde la editorial.

Sara corretea tras ella y bloquea la entrada a la cocina con todo el cuerpo. Le gustaba más cuando era tan pequeña que podía obligarla a hacer cosas, como llevarla a caballito por toda la casa.

—¿Han aprendido a hacer la o con un canuto?

—¡Eh!

—Si es lo que dices tú...

—Ya, pero yo puedo decirlo, tú no. —Aunque, si lo piensa, todo lo que le ha propuesto María parece más bien el resultado de un montón de chimpancés intentando hacer la o con un canuto y gritando al unísono «esta es la mejor idea del mundooo». Y sí, me han propuesto algo, y tengo que decidir si quiero hacerlo o no.

—¿Y qué es?

—Déjame pasar, por favor...

—Cuando me digas lo que es.

Daniela le da un empujón y se acerca al frigorífico para sacar la leche. Se toma su tiempo en alcanzar un vaso y servirse un poco. Odia la leche. De hecho, no sabe por qué se está moviendo tan lentamente y le está dedicando tanto rato a algo tan simple y que detesta. Tal vez porque decirle a su hermana que la editorial le ha propuesto que un tío *random* se haga pasar por ella va a desatar un ciclón al que no quiere enfrentarse ahora mismo.

—¿Dani? —insiste Sara.

—Qu... que... ha... por mí —dice en un murmullo que ni ella entiende.

—¿Qué?

—Que quieren que un tío se haga pasar por mí —repite, sin ser capaz de mirarla a los ojos—. No por mí, por Ella Spice.

Tres.

Dos.

Uno.

—¿Bromeas? —Sara le quita el vaso de leche de las manos y ella no hace nada por recuperarlo—. Un tío.

—Sí.

—Un tío va a fingir que ha escrito tus novelas.

—No hace falta que me lo repitas como si fuera tonta —gruñe Daniela—. Pero te recuerdo que tengo un problema muy gordo que se solucionaría si ese chico sale en un par de entrevistas y se lleva la peor parte de ser escritora.

—¿La peor? ¡La mejor parte, Dani! ¿Qué hay mejor que hablar con la gente que adora lo que haces? No puedes dejar que te quiten eso... No puedes quitarte eso —se corrige.

—No me quitan nada, porque ahora tampoco lo tengo. Además, hablo de mis novelas con otras personas, solo que no saben que las he escrito yo.

—Bueno, pero...

—No hay más que hablar. —Daniela recupera el vaso de leche y le da un trago. Asqueroso—. Voy a decirle a María que me organice un encuentro con ese tal Gabriel, y si es buen chico, diré que sí. Y ya está, fin del asunto.

—Porque tú lo digas.

—Pues sí, porque yo lo digo.

Daniela sale de la cocina con los ojos de su hermana clavados en la espalda. No quiere decirle a Sara que si acepta lo del tal Gabriel es porque la alternativa que se plantea es renunciar a todo. Olvidarse de lo que ha pasado en los últimos años, acabar la carrera a tiempo y presentarse a las oposiciones. No quiere decírselo porque sabe que la matará.

Así que le manda el correo a María. Luego repite la misma frase una y otra vez: «Porque yo lo digo», en una especie de técnica de autohipnosis cutre para creerse que lo tiene todo bajo control.

—Porque yo lo digo.

ALBA

Suspiré de cansancio y me miré una vez más en el espejo. El uniforme de la Academia Aura era tan parecido al resto de mi ropa como podían serlo un atuendo de mi abuela y el último modelito de Sabrina Carpenter. La falda corta, la camisa blanca bien planchada metida por dentro y oculta bajo un chalequito y una corbata de color azul celeste a juego con el resto del conjunto. Me veía ridícula.

La academia obligaba a todos sus alumnos a vestir igual, como si quisieran robarnos la identidad. Teníamos que llevar el pelo recogido, pero por suerte, yo me había hecho un corte bastante arriesgado durante el verano y no me afectaba mucho. Cortarme el pelo «a lo chico», como decía mi abuela, había sido la mejor decisión del mundo. Pensar en ella me hizo echarla de menos. También a mamá, papá y a mi hermana. Vivían a solo dos horas en tren, pero sentía que era mucho más. Aunque, de todas formas, una de las normas de ese lugar era que no había visitas y yo tampoco podía ir a ningún lado.

Era como una cárcel. Y a pesar de que yo los echaba de menos, la verdad era que la idea de enviarme allí había sido suya. Acabar los estudios en la Academia Aura «para casos perdidos», un instituto privado alejado de todo. Así que algo en mí sentía resquemor. Yo no era un caso perdido, pero seguro que muchos de mis compañeros sí, y eso me daba mucho cague. Para empezar, mi compañera de habitación, que se

llamaba Laura, no me había dirigido la palabra todavía. ¡Y llevaba aquí tres días! La tía tenía un montón de libros raros de brujería y esoterismo y había decorado la pared con un pentagrama. Nunca en la vida había estado tan segura de que alguien planeaba matarme.

Me habían dicho que los horarios eran muy estrictos, que teníamos toque de queda y la comida de la cafetería me recordaba un poco a la de la cárcel. Tenía la sensación de que el uniforme *fancy* era solo la tapadera para ocultar lo cutre que resultaba todo lo demás. La academia era oscura, taciturna y bastante silenciosa. Los pocos profesores que vagaban por los pasillos apenas se acercaban a nosotros, como si fuéramos a lanzarnos a su cuello en algún momento.

La primera mañana del curso tenía clase de Inglés a las ocho y diez, así que a las ocho salí de mi habitación dejando a Laura todavía arreglándose. No me dijo nada y yo a ella tampoco. Tenía suficiente con no mirarla directamente cuando se ponía unas cremas que olían a ciénaga cada noche antes de dormir. Así que me colgué la mochila a la espalda y bajé corriendo las escaleras hacia el edificio principal. La academia había sido construida en un antiguo convento, así que me sentía un poco como si Harry Potter hubiera elegido ser monja de clausura. Todo era antiguo y elegante, pero al mismo tiempo, las cámaras nos vigilaban desde cada esquina y los detectores de rostros y metales decoraban las puertas.

El aula de inglés estaba en la planta baja, así que fui de las primeras en llegar. Me senté al lado de otra chica que tenía el pelo larguísimo y recogido en trenzas diminutas. Masticaba chicle y el olor a fresa se me coló por la nariz como un pesticida.

—Hola...

Me miró e hizo una pompa rosa que estalló sobre sus labios gruesos.

Eso fue todo.

Poco a poco, los alumnos fueron llegando. A algunos los conocía de vista, de los días anteriores en los que la gente iba de un lado para otro organizando sus cosas, intentando conocerse, pero otros acababan de aterrizar. Gente de primero de bachillerato que parecía tener menos ganas de estar allí que yo.

Pero entonces, escuché una voz, acompañada de algunas carcajadas. Era dulce y se oía desde la distancia. Poco a poco se fue haciendo más fuerte hasta que su dueño entró también en la clase junto con una chica y otro chico.

Llevaba los cascos al cuello y tenía una sonrisa perruna, con colmillos. El uniforme le quedaba algo grande, la corbata mal ajustada y un pendiente le adornaba la oreja derecha.

Me quedé congelada en el sitio. Muchos de los chicos de allí habían sido expulsados de otros centros. Otros tenían delitos menores que a nadie le importaban mucho, pero ese chico en concreto... Había salido en las noticias.

Se llamaba Belce Le Rouge.

Había estado en el reformatorio por matar a otro chaval y lo habían soltado al cumplir los dieciocho. ¿En qué cabeza cabía mandarlo allí?

Aguanté la respiración agitada cuando pasó por mi lado y sentí el frío que dejaba a su espalda, camuflado por esas risas vacilonas.

Estaba claro que esa academia jamás sería un hogar para mí, pero ahora empezaba a preguntarme si saldría viva de todo aquello.

Cuál de los dos
Ella Spice

Capítulo 3



GABRIEL

Recibió el correo electrónico cuando ya pensaba que el encuentro en la editorial había sido una alucinación y que podría volver a su vida normal.

Ella Spice nos pide un encuentro discreto para conoceros mejor.

Gabriel no respondió al correo hasta dos días después y fingió que había estado muy ocupado. Cosa que era una mentira a medias, porque sí, había estado con la cabeza metida entre productos de limpieza en un ataque de poner orden en su vida. No era necesario, cierto, pero era imprescindible para su salud mental. Lo había leído en todos y cada uno de los libros que se había comprado en todas y cada una de las ocasiones en las que había sentido que la situación lo superaba. No tenía ganas de explicarle eso a una pandilla de tiburones corporativos, así que prefirió soltar la mentirijilla y quedarse más tranquilo.

Además, ¿cómo digieres que vas a conocer a Ella Spice? Él no la ha leído nunca, pero sabe que la tía es tan famosa como

el presidente. O puede que más. Leo le dijo que un chico de su gimnasio tiene un tatuaje de las novelas. No hizo más preguntas. Porque a Gabriel no le va la literatura juvenil, y desde luego, no le va el romance. Él creció leyendo *El hobbit*, viendo las películas de *El señor de los anillos* o rescatando los tomos de las *Crónicas de la Dragonlance* piratillas que podía encontrar en Internet. Su mundo era el de los enanos, los magos, los héroes y las aventuras épicas. ¡Empezó a pagar HBO solo por *Juego de Tronos*! No por las historias con romances falsos que ponen las expectativas por las nubes. No. Ella Spice no es su tipo de escritora.

—Así que no querían publicarte —le dijo Leo cuando regresó aquel día a casa—. ¿Y qué querían entonces?

—Nada importante.

Le habían pedido que mantuviera en secreto toda esa estupidez.

Estupidez.

Sí, porque eso es lo que es. Una auténtica estupidez a la que él se ha apuntado porque es un imbécil.

Pero a veces hay que hacer idioteces para triunfar.

Por eso ahora se está arreglando los rizos en el espejo, uno a uno, para que queden a la perfección, y poniendo algo de maquillaje en un grano gigantesco que le ha salido en la barbilla.

—¿Tienes una cita? —Leo se apoya en el marco de la puerta—. ¿Por qué no me lo habías dicho?

—Porque no es una cita.

—¿Y por qué te pones colonia entonces?

—Me preocupa que creas que solo hay que oler bien cuando tienes una cita. —Gabriel pasa a su lado, ignorándolo.

Leo es lo que todo el mundo conoce como *gym bro*. Le gusta el gimnasio más que a un tonto un lápiz, y aunque no es el *bro* de nadie (al menos por derecho sanguíneo), sus amigos, los tíos obsesionados con hacer flexiones y subir sus «repeticiones» a

Instagram, lo suelen llamar así. «Bro», «k tal bro????». Al menos, ese es el contenido de más de la mitad de los mensajes que le llegan por Instagram.

Nunca se lo ha dicho, pero hay algo en Leo que hace tambalear la heterosexualidad de sus colegas. Puede que sea ese lunar que tiene en el mismo sitio en el que él tiene un grano asqueroso ahora. O que siempre te mira con esos ojos oscuros y de pestañas largas.

—Eso es porque me ducho a diario —le responde su amigo mientras lo observa arreglarse el pelo una vez más—. Como te siga creciendo más vas a parecer mi madre.

—Gracias. No sé cuándo volveré.

—Yo he quedado para salir, así que no me esperes despierto.

—¿Soy tu esposa?

Lo deja con la protesta en la boca, pero es que no tiene más tiempo que perder. Le han pedido que vuelva a la editorial, y esta vez sí que se cuelga la tarjeta de identificación al cuello.

Eso alegra a la de seguridad, que es la misma y que solo lo mira un veinticinco por ciento mejor que la vez anterior. Sube en ascensor y casi se lanza sobre la recepción. Allí, Luisa tiene el móvil en la mano, con uno de esos muñequitos desnudos que están de moda asomándose desde la carcasa. Lo mira por encima de las gafas, con una sonrisa divertida:

—¿Otra vez aquí?

—Ya ves...

—¿Buscas a María?

—Creo que sí.

—Está en su despacho.

Le hace un saludo militar y se encamina a la misma salita. En esta ocasión, solo está María, que parece muy concentrada en colocar las hojas de una de las plantas de plástico que decoran su escritorio.

Gabriel se pega al cristal y da un par de golpecitos con los nudillos. María levanta la cabeza inmediatamente y le hace un

gesto rarísimo, acompañado de un movimiento de labios que parece decir: «¡Ay! ¡Voy, voy!». Como la ve coger el bolso y correr hacia él, supone que no se ha equivocado.

—Hola, Gabriel, ¿qué tal?

—Bien, la verdad es que...

—¡Cómo me alegro! —Le da un golpecito en el hombro y le señala el pasillo por el que ha venido—. He quedado con Ella en una salita que tenemos en la planta de abajo y que nos dará algo más de intimidad, ¿te parece? ¿Qué es esa cara? ¿Nervioso?

—No, bueno...

—¡No estés nervioso! Ella es un amor, te va a gustar.

—No, si no es eso.

Lo que le pasa es que todo está yendo demasiado rápido. ¿No podrían haberle dado alguna indicación de lo que se va a encontrar? Por poder, Ella Spice podría ser tanto una tía de treinta, como una mujer de cincuenta.

—Tú no te preocupes, de verdad. Ella está encantada con el favor que le vas a hacer y seguro que tenéis muchas cosas de las que hablar.

Gabriel no opina igual, pero se calla. No es difícil, de todas formas, lo de callarse, porque María no deja de hablar en ningún momento. Cuando cogen el ascensor le coloca la mano en el hombro y le da hasta unos golpecitos, como si quisiera convencerlo de que todo está bajo control. Por lo que ha visto Gabriel en redes, «bajo control» no son las palabras con las que definiría la situación actual. La peña se está volviendo loca.

—Por aquí, por aquí...

Acaban en una sala de reuniones sin ventanas y sin aire acondicionado. María enciende las luces y le hace otro gesto raro para que ocupe una de las sillas. Allí huele un poco a café, pero también a sobaco. En la mesa hay unos papeles con un calendario editorial.

—Voy a buscar algo de beber —le dice María, y luego desaparece.

Gabriel se queda sentado y empieza a jugar con los dedos. Acaricia la yema de uno con la del otro y siente que los tiene demasiado rugosos.

El fluorescente parpadea y todo se vuelve negro por un milisegundo.

Gira la cabeza y distingue a una persona esperando junto a la puerta abierta, como una aparición de una peli de fantasmas. A pesar del calor que hace, va embutida en una sudadera gris con capucha. No es que él esté en posición de hablar, porque se ha puesto una camiseta de manga larga, pero juraría que ve el borreguillo asomando por un lateral.

Observa la figura un buen rato. De espaldas, está quieta como un maniquí. Así hasta que María vuelve, con una lata en cada mano, y se ponen a hablar.

Gabriel intenta ser discreto y se fija entonces en la hoja sobre la mesa.

Alguien ha escrito con mala letra: «Este se nos cae, buscar a un *influencer* que sepa de dieta keto. Mínimo 80K. Preferencia TikTok».

Ah.

No es una novedad que ahora todo funcione así. ¿Llegó Ella Spice a la fama por una oferta como esa? ¿Como él no tiene redes sociales con miles de seguidores y solo le da *like* su tía abuela Concha no lo publicarán jamás?

—¡Gabriel! —María entra en la habitación y deja las dos latas en la mesa con demasiada fuerza. Ha sacado un par de Coca-Cola Zero de la máquina expendedora—. Mira... Te presento a Ella. ¡Qué nervios! No seáis tímidos. ¡Qué majos sois!

Gabriel se pone en pie y la mira por primera vez a la cara. Ella Spice se ha puesto una mascarilla y unas gafas de sol que le tapan todos los rasgos, así que solo puede ver las pecas que le pintan el puente de la nariz.

—Encantado... señora de incógnito.

—¡Qué divertido! —María le pone la mano en el hombro a Ella, igual que ha hecho hace un rato con él, con esos dedos que

parecen garras de buitre—. Ella me ha dicho que prefiere hablar contigo a solas y bueno... No es lo mejor, pero yo siempre respeto vuestros deseos. ¡Mandadme un mensaje cuando acabéis, por favor, y firmaremos todo! Tengo tantas cosas que hacer...

Mientras habla va caminando hacia atrás, como si esperara que alguno de los dos fuera a detenerla y suplicarle «noooo, por favor, quédate».

Pero no sucede.

María se marcha, cierra la puerta y el silencio cae como una losa sobre ambos.

Ella vuelve a quedarse rígida como una tabla, y después se sienta en una de las sillas. En concreto, la misma en la que estaba él hace un momento.

No le queda más remedio que elegir otra, delante de la chica. No le hace mucha gracia, pero intenta que no se le note.

—¿Eres Gabriel?

La pregunta le llega cuando todavía tiene el culo a un palmo de la silla. Se toma su tiempo para sentarse y mirarla de nuevo. Se le ve el pelo castaño por debajo de la capucha, pero es incapaz de distinguir nada más. Podría tener un donut en vez de boca, o gusanitos de gominola en lugar de cejas, y él no lo vería.

—¿Ella Spice?

Ella asiente con suavidad y luego pone su mochila encima de la mesa. Rebusca dentro y Gabriel oye ruidos metálicos. Por un momento se plantea que esa tía esté desquiciada (que, por otro lado, no sería descabellado que alguien que va en sudadera a cuarenta grados lo esté) y le vaya a pegar un tiro ahí mismo.

Pero no, solo saca unos papeles arrugados y se los acerca.

—Me los han mandado por correo y los he impreso yo —dice. Tiene la voz suave y está claro que es más o menos de su edad—. ¿Tú los has visto?

—¿Visto el qué? —pregunta Gabriel a la vez que baja la mirada y lee entre varias marcas de dedos: «Contrato de confidencialidad». Ah. No tiene que continuar para saber de qué va eso—. Me dijeron que tendría que firmar algunas cosas, sí.

—¿Entonces no lo has firmado todavía?

—No, se supone que tenemos que firmarlo con María, ¿no? Eso acaba de decir.

—No me habían dicho eso...

—Escucha, si estás preocupada... Te prometo que no tengo interés en decirle al mundo quién eres —Gabriel se ríe—. Estamos aquí precisamente por ese tema. Y además, no se te ve la cara. Podrías ser Taylor Swift con gafas del bazar que no me daría cuenta.

—No soy Taylor Swift.

—No me digas...

Ella Spice frunce el ceño. Es un punto de piel al descubierto entre la capucha y las gafas, y una arruga apenas distinguible.

—Mira, Ella. —Gabriel suspira—. No tienes que decirme quién se esconde bajo esa mascarilla. Imagino que todo esto es tan surrealista para ti como para mí. María me pidió el favor y aunque todavía no sé qué es lo que voy a tener que hacer y lo que no... Yo he dicho que sí porque necesito el dinero y bueno... —Porque quiere que le publiquen su novela—, ese no es el tema. Pero te juro que entiendo el marrón que supone ser Ella Spice, así que por mí puedes seguir siendo Spiderman o lo que sea.

—¿Lo entiendes?

La chica se echa un poco hacia delante, y Gabriel ve a través de las gafas la silueta de sus ojos y unas pestañas largas.

—Claro... —«¿No es evidente?»—. Ya me han dicho que es por tus abuelos... Entiendo que meterte en todo esto de la literatura juvenil y encima una historia de amor... ¿A quién le apetecería?

—¿Perdona?

—Yo también soy escritor. —Nunca se le ha hecho raro decirlo en voz alta: «Soy escritor». Porque lo es. Da igual que no haya publicado o que haya perdido cinco concursos de relatos seguidos, él es escritor. Todo aquel que escribe seriamente es escritor. Esa es su filosofía y es lo que pone en el diccionario—. Y

sé que publicar libros serios para adultos cuesta mucho, así que no te juzgo por querer entrar por la vía fácil.

Lo suelta con una sonrisa en los labios. Gabriel no suele dar una buena primera impresión, pero quiere caerle bien a esa chica. Al principio no le dio muy buen rollo toda esa situación, pero después de pensarlo mucho y de tratar de hacer un ejercicio de humildad, se ha dado cuenta de que si lo de Ella Spice ha sucedido es porque el universo le está echando una mano para conseguir su sueño. Piensa en su madre dejándose la piel y en lo fácil que sería ayudarla si sus libros vendieran bien. La chica que tiene delante es el camino para conseguirlo. Necesita gustarle.

—Pero ¿cómo te atreves?

—¿Eh?

—¿Estás diciendo que mi trabajo es algo así como literatura de segunda?

—Digo que la literatura juvenil es más fácil que la adulta, nada más —la corrige Gabriel.

—Eso no es verdad. —Ella se pone de pie—. ¿Es que no te gustan mis novelas? Pero María me dijo...

No necesita que continúe para saber que María le acaba de hacer meter la pata. Pues claro. Le ha dicho que él ha leído sus cosas. ¿Acaso es su culpa que ni siquiera le pidieran que se leyera los libros sobre los que publicaba en redes?

—Oye, no quería ofenderte con mi punto de vista. —Gabriel intenta salvar la situación—. En la reunión me contaron que no querías decir quién eres porque te da vergüenza que tu abuela sepa que escribes escenas eróticas, pero me pareció un poco absurdo, así que hice mis propias especulaciones.

Ella coge aire, todavía con el ceño fruncido, y Gabriel tiene que taparse la boca porque se le va a escapar la risa. Se acaba de dar cuenta de que la chica lleva ronchas en la sudadera y de que la mascarilla se le pega a la piel. ¿Quién es, y por qué llegaría tan lejos como para ocultar su identidad? ¿O para cogerse viva en una oficina gris y maloliente?

—Estoy muy orgullosa de haber creado tantas historias para gente a la que le gusta leerlas. —Ella estira el brazo y coge los papeles. Luego, como si no estuvieran ya increíblemente arrugados, los hace una bola y los tira a su espalda—. Me da igual que seas la personificación de Uriel o que puedas hacer la voltereta lateral con un meñique o que seas la solución rápida y tonta a mis problemas. ¡Me da igual! No sé en qué estaba pensando María...

—¿Que soy la personificación de quién?

—¡Es que ni siquiera sabes quién es Uriel!

Uriel... Ah. Sí, ahora que lo recuerda, tuvo que subir un *post* sobre...

—El ángel —dice. Y luego siente algo raro en la garganta—. ¿Acabas de decir que me parezco al ángel de tu novela?

—He dicho que María ha dicho que te pareces a Uriel, no que *yo* lo haya dicho.

—Escucha. —Gabriel se levanta también. La chica ya está recogiendo sus cosas. No puede dejar que se vaya todo al garete—. ¿Qué vas a hacer si no soy Ella Spice? ¿Vas a salir a decir que eres tú?

—Hay un montón de personas por ahí a las que les podría pedir el favor. ¡No eres tan importante!

—Pero María ha dicho que ya ha pasado casi una semana y la gente sigue hablando del tema. Si la movida no ha muerto todavía, es que se va a quedar ahí hasta que alguien lo arregle.

—Pues se lo pediremos a otra persona.

Gabriel siente algo que baja hacia el estómago y que amenaza con ir más allá. Como una mala digestión. No puede ser que un comentario desafortunado vaya a poner punto final a esa historia. Aunque no ve los ojos de Ella, sí que se ha dado cuenta de que sigue cambiando el peso de un pie a otro.

A lo mejor todavía tiene una oportunidad.

—Lo siento, de verdad —murmura—. No quería menospreciar tu trabajo. No opino que la literatura juvenil sea literatura de segunda.

Ella lo fulmina con la mirada, detrás de esas gafas absurdas.

—Si piensas que me voy a creer una disculpa como esa...

Ya tiene la mano en la puerta.

Se va a ir.

Y con ella, su gran oportunidad. Piensa en todos los archivos de Word de su ordenador. En su madre, que siempre bromea con que algún día será un gran escritor. En la cara de Leo cuando le enseñe su primera novela impresa.

—¡Espera! —Gabriel da un paso al frente y coge aire. Y luego se echa a reír—. ¡Estaba de broma! Ostras... ¡Menuda cara has puesto!

Ella se gira hacia él y... esa cara (o lo poco que ve de ella) sí que es digna de enmarcar. Tiene el puente de la nariz tan arrugado como si oliera basura.

—Una broma —repite.

—¡Una broma! —Gabriel sonrío—. María me dijo que tenías dudas sobre mí y estuve pensando en cómo caerte mejor, y luego pensé: «pues si es una chica divertida lo mejor será entrar por la vía del humor...».

¿Qué está diciendo?

—¿Qué estás diciendo?

—Mira, es que en realidad soy bastante fan de lo que haces y me daba vergüenza —miente—. No sé, me dijeron todo esto y estuve hablando con un amigo y me dijo que intentara caerte bien y hacer algo para que no pensaras que soy un *creepy*.

—Y decidiste que criticar lo que hago era la mejor idea del mundo.

—En realidad no pensaba hacerlo, pero me has puesto nervioso.

—Ya... —La chica da un paso atrás.

—Pregúntame algo de tus novelas. —Pero qué narices está diciendo—. Y respondo.

Existen dos escenarios posibles:

- 1) Que Ella le pregunte alguna chorrada y que por pura casualidad se acuerde de alguno de los *posts* que ha hecho en Instagram (poco probable).

- 2) Que Ella le haga cualquier pregunta relacionada con la trama y quede, no solo como un cretino, sino también como un idiota (muy probable).

Ella se cruza de brazos y suspira:

—No es necesario. No somos niños.

Silencio.

Puede oír la máquina de café al fondo del pasillo.

—¿Entonces?

Ella escribe *best sellers*. Él los firma. Se necesitan para cumplir su sueño. Y se odian.



La conoces. Es la autora de *romantasy* más vendida de medio mundo. Es más famosa que el presidente. Pero ¿sabes quién es *realmente* Ella Spice?

Daniela vive muy tranquila, protegida por el pseudónimo más rentable del mundo editorial, escribiendo sus novelas *spicy* sin que nadie la moleste. Pero, tras una catastrófica firma de ejemplares, su secreto pende de un hilo.



Gabriel está haciendo prácticas como *community manager* de una editorial, a ver si, con suerte, consigue que le publiquen su trilogía de fantasía épica. ¡Es básicamente el nuevo Tolkien! Y en Plutón ediciones publican cosas muchísimo peores. Como a la tal Ella Spice... Así que, cuando la editora lo llama a su despacho, sabe que su vida va a cambiar para siempre. Y así es, pero no por lo que él esperaba: para proteger la identidad de Ella Spice, Plutón Ediciones quiere que Gabriel finja ser ella.



FANDOM BOOKS

www.fandombooks.es

